

La revolución permanente: Trotski y el trotskismo

Posted on 1 de mayo de 2010 by Stanley G. Payne

Leon Trotski fue el paradigma de revolucionario europeo del siglo XIX, y a finales de 1917 era ya uno de los hombres más famosos del mundo. Fue el organizador clave del golpe de Estado con que los bolcheviques se hicieron con el poder en noviembre de 1917Esto se ha conocido como el «Octubre Rojo» porque la Rusia zarista se regía por el antiguo calendario juliano. Los bolcheviques introdujeron el moderno calendario gregoriano a comienzos de 1918. y, más tarde, el comisario de asuntos militares que condujo al Ejército Rojo a la victoria en la gran guerra civil de 1917-1921. Posteriormente, exiliado de la Unión Soviética, se convirtió en el líder de un movimiento internacional de la extrema izquierda revolucionaria y su doctrina de la «revolución permanente» pasó a ser la esencia del «trotskismo». Su muerte fue casi tan notoria como su vida y el asesinato de Trotski en México a manos de un agente español de la NKVD soviética en 1940 fue una de las *causes célèbres* del siglo, «el asesinato más espectacular desde la muerte del archiduque Franz Ferdinand en 1914».

Existe una copiosa literatura sobre Trotski y el trotskismo, y no poca fue generada por el propio Trotski, un grafómano extremo que escribía casi constantemente. Hasta ahora, el principal estudio sobre Trotski ha sido el imponente trabajo en tres volúmenes del escritor

trotskista Isaac Deutscher, publicado entre 1954 y 1963. En los últimos años han aparecido en Rusia otras dos biografías. Todo lo hecho hasta ahora, sin embargo, se ha visto desbancado por el nuevo estudio de Robert Service, el historiador de Oxford que se ha situado como el experto mundial más destacado en la historia política soviética. El impresionantemente prolífico Service es el autor de una larga serie de obras, incluida una biografía semidefinitiva de Lenin en tres volúmenes que condensó más tarde en uno solo, así como la mejor biografía individual de Stalin. Con su nuevo libro, Service ha completado su trilogía sobre los tres principales dirigentes bolcheviques. Al igual que sus dos biografías anteriores, se trata del fruto de una investigación exhaustiva, su tono es objetivo y está escrita clara y funcionalmente, a pesar de que el autor no sea un gran estilista. Como afirma en el prólogo, constituye «la primera biografía de Trotski de cierta extensión escrita por alguien de fuera de Rusia y que no es un trotskista», y probablemente permanecerá durante algún tiempo como la biografía académica de referencia.

Por contraste, el libro de Jean-Jacques Marie, publicado originalmente en Francia en 2006, es otra arenga trotskista, que presenta una actualización de la visión trotskista de la historia soviética y del mundo en pleno siglo XXI. Casi todas las referencias a fuentes lo son bien a publicaciones del propio Trotski o a las de otros trotskistas.

Bertrand Patenaude, por su parte, ha escrito no una biografía, sino un libro que se centra en los últimos años de Trotski en México. Presenta, sin embargo, un retrato personal completo, repasando la mayor parte de los episodios cruciales a lo largo de la dilatada carrera del viejo revolucionario en una serie de *flash-backs* que dan cuenta del pasado de Trotski hasta llegar a su desenlace final. Se trata del mejor tratamiento de la vida de Trotski en México y de uno de los mejores estudios de su asesinato. Su estilo es más vívido que el encomiable libro de Service, y en algunos aspectos presenta un retrato más claro e incisivo de su biografiado.

Trotski nació como Leiba Bronstein en una granja del sur de Ucrania en 1879. Su familia procedía de ese exiguo porcentaje de judíos rusos que hicieron fortuna como agricultores. Su padre era aparentemente analfabeto, pero fue al tiempo un granjero próspero y de éxito: el tipo de productor acomodado que los colegas bolcheviques de Trotski pronto tildarían de un *kulak* que había que eliminar. La familia no era muy religiosa y, tan pronto como Trotski creció, empezó a considerarse un «ciudadano del mundo», judío en ninguna otra cosa salvo sus orígenes. El hecho de que su padre fuera un capitalista agrario acaudalado fue algo que le abochornó siempre. A su padre, por el contrario, que había trabajado dura y diligentemente toda su vida para abrirse camino con holgura, le costaba comprender por qué su hijo quería destruir todo aquello por lo que él se había esforzado.

Existe una copiosa literatura sobre el trotskismo, y no poca fue generada por el propio Trotski, un grafómano extremo que escribía constantemente

Leiba Bronstein estaba ya plenamente convertido al marxismo revolucionario a la edad de dieciocho años y nunca volvió la mirada atrás, adoptando cinco años después el pseudónimo revolucionario de Lev (Leon) Trotski, que haría famoso posteriormente en todo el mundo. Seguiría siendo durante toda su vida un hombre de una sola gran idea: la implementación inmediata de la revolución obrera violenta para conseguir la «dictadura del proletariado», una idea fija que no varió jamás, independientemente de cuáles fueran las circunstancias.

En estos primeros años, Trotski fue siempre un independiente, alentando la unidad de los marxistas. Criticó fuertemente a Lenin por su excesivo centralismo y sus intentos de dominar, pero el propio Trotski era dominante y siempre se sintió libre de discrepar de cualquiera de sus colegas. La paradoja era que Trotski era, en aspectos fundamentales, más leninista que Lenin. Cuando pasó a estar al frente del sóviet de San Petersburgo durante la primera revolución rusa de 1905 –un papel que lo catapultó a la primera fila de los dirigentes revolucionarios a la edad de veintiséis años–, fue él, no Lenin, quien lanzó la idea de la insurrección y la dictadura revolucionarias, a pesar de que las condiciones no eran aún propicias. Por entonces Trotski se había convertido ya en un «trotskista». Finalmente unió fuerzas con Lenin en 1917 y se convirtió en el organizador fundamental del golpe bolchevique, además de proporcionar la fórmula para intentar legitimizar la dictadura al insistir en que debía hacerse con el poder en nombre de las asambleas revolucionarias de los sóviets. Tal y como lo describió él mismo más tarde: «La facción atacante está casi siempre interesada en parecer a la defensiva. Un partido revolucionario está interesado en coberturas legales». Fue nombrado comisario de asuntos militares en 1918, y fue en condición de tal como dirigió al Ejército Rojo hacia la victoria en la guerra civil, conservando ese puesto hasta 1925.

Trotski fue también el principal responsable de cambiar el bolchevismo, tras pasar de ser un promotor del mayor motín de masas de la historia militar a abanderar un militarismo revolucionario organizado minuciosamente. No fue un revolucionario desordenado, sino un hombre pulcro y meticuloso que era un buen organizador siempre y cuando pudiera dar órdenes, y un líder que sabía cómo aleccionar a sus seguidores, logrando que el Ejército Rojo dejara de ser una muchedumbre amotinada para convertirse en la mayor fuerza militar de todo el mundo. Trotski desarrolló la idea de incorporar a miles de antiguos oficiales zaristas para que aportaran un liderazgo profesional, supervisándolos con el nuevo sistema de comisarios políticos, introducido más tarde en España en 1936. Raramente interfirió con los responsables militares en la forma de llevar a cabo las diferentes campañas, aunque salvó a San Petersburgo en 1919 al tomar personalmente el mando del frente noroccidental, y

reforzó una disciplina implacable por medio de ejecuciones sumarias. En 1920 sólo tenía por delante a Lenin dentro de la nueva jerarquía comunista y había contribuido más que ninguna otra persona a su victoria.



En un plano personal, Trotski fue el más imponente de los jerarcas bolcheviques y con seguridad el más pintoresco, aunque estuvo muy lejos de ser el político más agradable o el mejor. Era un orador sobresaliente, la voz más elocuente de la revolución y, probablemente, el orador político más destacado del siglo. Hitler necesitaba una atmósfera y un ambiente especiales, mientras que Trotski podía hablar de manera improvisada y conseguir idéntico efecto en prácticamente cualquier ocasión. Fue casi igual de bueno como estilista literario y, entre los grandes líderes del siglo XX, el único que se encontraba a su altura en este sentido era Winston Churchill. Escribía rápidamente y con fluidez, con un esfuerzo mínimo, y a partir de la década de 1920 se valió de un dictáfono para que todo se llevara a cabo a la máxima velocidad.

Dado que poseía los talentos personales más sobresalientes de cualquiera de los dirigentes bolcheviques, ¿por qué fracasó de forma tan estrepitosa en la lucha de poder personal que se libró en Moscú durante los años veinte? Una razón fundamental fue que no tenía ningún interés en la política práctica y que no quería tanto administrar el gobierno u organizar un partido como hablar, escribir y dirigir luchas revolucionarias. No tenía el más mínimo interés por la rutina diaria y por los detalles de la política, y carecía del más mínimo don para las relaciones personales normales. Impresionaba a menudo a otros con su brillantez, pero seguía siendo arrogante y distante, criticando prácticamente a todo el mundo cuando le daba por ahí, y era demasiado indiferente y superior como para construir alianzas. Acabó por odiar a Stalin por intrigante, por ser un puntilloso mediocre y un simple dictador, «el sepulturero de la revolución», pero Stalin era un político mucho más habilidoso y mucho más capacitado que él a la hora de tratar con la gente en un plano personal y práctico, con un entendimiento mucho mejor de la psicología humana. A casi todos los demás jerarcas bolcheviques Trotski les resultaba molesto por su brillantez personal, su gran reputación y su papel con el Ejército Rojo, y temían que pudiera acabar poniéndose al frente de un «bonapartismo» bolchevique, aunque nunca dejó ver ningún signo en este sentido. Cuando algunos de ellos se dieron cuenta finalmente de que deberían aliarse con Trotski en contra de Stalin, ya era demasiado tarde. Fue apartado de sus principales cargos en 1925-1926, se exilió a Asia Central en 1927 y posteriormente fue expulsado de la Unión Soviética en 1929.

Durante el resto de su vida, Trotski se mantuvo como el principal oponente comunista de Stalin y sus partidarios defendieron que, de haber seguido desempeñando un papel

fundamental, la historia posterior de la Unión Soviética habría sido diferente. Esto pasa por alto el hecho de que no hubo nadie que fuera más responsable que Trotski de la idea y del éxito de la dictadura de partido único. En la guerra civil fue despiadado, aprobando resueltamente el Terror Rojo y los medios más extremos para consolidar el poder. En 1920-1921 propuso militarizar parte de la mano de obra y, mucho antes que Stalin, insistió en que se llevara a cabo una rápida industrialización masiva y la colectivización de la agricultura. Carecía de los rasgos de personalidad vengativos y sádicos de Stalin, pero nunca repudió la dictadura soviética, refrendando incluso su agresión militar a gran escala en 1939-1940. Denunció sistemáticamente el papel de Stalin y reclamó lo que llamó un liderazgo revolucionario más auténtico, pero eso no tenía nada que ver en absoluto con la democracia o los valores humanitarios. De haber estado él al frente del gobierno soviético, su doctrina de la revolución permanente podría haber comportado que se hubiera visto involucrado en una serie de guerras revolucionarias en Europa y Asia oriental, desencadenando así, posiblemente, un rápido final del «experimento» soviético.

No tenía ningún interés en la política práctica y no quería tanto
administrar el gobierno u organizar un partido como hablar,
escribir y dirigir luchas revolucionarias

Obsesionado con su idea, Trotski poseía una empatía humana extraordinariamente reducida, abandonó a su primera mujer y no se ocupó de sus hijos, explotando de manera inmisericorde a su hijo mayor como su principal agente político. No ocasionó más que sufrimiento a su familia y tanto Service como Patenaude subrayan su excepcional insensibilidad y su nula preocupación por los demás. Todos sus hijos murieron antes que él, uno de ellos asesinado por Stalin, que también acabó dando con el paradero de muchos de los miembros de la extensa familia de Trotski. Nada menos que ocho de sus secretarias fueron también asesinadas, como también lo fueron muchos miles de «trotskistas», reales o presuntos.

Trotski vivió una vida de gran intensidad, irradiando energía durante largos períodos de tiempo, pero también había heredado de su madre una tendencia a sufrir breves desmayos y mostró, asimismo, signos de neurastenia intermitente y de hipocondría. Padeció una grave enfermedad en 1924 y tuvo rachas de mala salud durante el resto de su vida, aunque a veces los médicos no pudieron dar con ninguna causa física específica.

Trotski pasó cuatro años y medio en Turquía, y luego se le permitió vivir en Francia durante un año y medio, hasta que el pacto de defensa francosoviético de 1935 hizo que resultara aconsejable expulsarlo. El Gobierno socialdemócrata de Noruega lo aceptó brevemente antes de que la presión soviética fuera demasiado grande, tras lo cual la administración

izquierdista de Lázaro Cárdenas le ofreció refugio en México a comienzos de 1937. A lo largo de estos años Trotski logró mantenerse con su pluma como escritor por cuenta propia, alumbrando una serie interminable de libros y artículos sobre su carrera, la Revolución Rusa y sus figuras más destacadas. Una popular revista estadounidense le pagó cuarenta y cinco mil dólares –una suma elevadísima para la época– por los derechos para publicar por entregas su libro *Historia de la Revolución Rusa*.

Dado que sus ideas nunca variaron, sino que permanecieron ancladas a una especie de disonancia cognitiva permanente, al margen de cuáles fueran las circunstancias, Trotski pasó todo el resto de su vida tratando de repetir en otros países y en circunstancias completamente diferentes su iniciativa de 1917. Para él, el mundo vivía en una permanente crisis revolucionaria, perpetuamente al borde de la guerra civil, motivo por el cual los auténticos revolucionarios tenían la obligación de extender esta «revolución permanente» tan amplia y rápidamente como fuera posible. Nunca llegaría a admitir que las circunstancias de Rusia habían sido únicas, y se aferró a su mito fundador del régimen soviético, defendiendo eternamente que la toma del poder por parte de los bolcheviques no había sido un golpe de Estado militar, sino una auténtica sublevación de los trabajadores, un mito repetido de forma revisada por Marie en su nueva biografía trotskista. Así, de acuerdo con Trotski, la dictadura soviética fue siempre un «Estado obrero» y sólo requería ciertos cambios de política, no una transformación total de la cabeza a los pies. A finales de los años treinta desesperó por completo, sin embargo, de los partidos comunistas existentes y de su Tercera Internacional, dedicándose a la creación de su propia y nueva «Cuarta Internacional» o «partidos obreros socialistas revolucionarios».

Pasó el resto de su vida tratando de repetir en otros países y en circunstancias completamente diferentes
su iniciativa de 1917

Llegados a este punto, el supuesto fenómeno del «trotskismo español» pasó momentáneamente a ocupar el primer plano, aunque ninguno de estos nuevos libros aborda este tema en detalle. En la Segunda República hubo tres partidos comunistas marxistas-leninistas en España, aparte de varios otros grupos diminutos escindidos. Totalmente al margen del estalinista Partido Comunista Español (PCE), el carismático Joaquín MaurínMaurín fue un hombre extraordinario que sobrevivió a la Guerra Civil porque se vio atrapado al comienzo en la zona nacional y finalmente fue liberado de la cárcel en 1947, trasladándose a Nueva York. En años posteriores hizo gala conmigo de una gran amistad e inició los contactos que me facilitaron el acceso a la larga serie de entrevistas sobre historia oral que pude

realizar en España en 1958-1959. Maurín elogió efusivamente mi *La revolución española* (1972), aunque no era exactamente favorable con la izquierda revolucionaria, y su recomendación hizo posible su traducción al japonés. En sus últimos años abandonó el marxismo-leninismo, abrazando la socialdemocracia. Tras su muerte dediqué mi siguiente libro a su memoria (aunque la persistente censura franquista hizo aconsejable utilizar únicamente sus iniciales), y siempre lo recordaré con el mayor respeto y cariño. había organizado un leninista, pero antiestalinista, Bloque Obrero y Campesino, con su principal base en Cataluña. Maurín admiraba enormemente a Trotski, a quien tildó de la «inteligencia más poderosa del bolchevismo aparte del propio Lenin», pero rechazó cualquier conexión oficial. El único partido trotskista fue la minúscula Izquierda Comunista de Andreu Nin, que había formado parte de la «Oposición de Izquierda» asociada con Trotski mientras estuvo trabajando para el Comintern en Moscú a finales de los años veinte. Nin, sin embargo, rompió formalmente con Trotski en 1934 cuando rechazó la política de «entrismo» de este último, según la cual Izquierda Comunista y otros grupos trotskistas deberían entrar o introducirse en los principales partidos socialistas con objeto de convertirlos al marxismo-leninismo revolucionario. Nin, en cambio, unió fuerzas con Maurín en 1935 para formar el nuevo Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), que no fue nunca un partido oficialmente trotskista, aunque siempre mantuvo relaciones amistosas con Trotski. A pesar de que el POUM adoptó la postura más avanzada de la extrema izquierda revolucionaria en el conjunto de la política republicana durante el primer año de la Guerra Civil, Trotski destiló sobre él su habitual vitriolo por no ser lo suficientemente revolucionario (!), manteniendo que debería haber hecho estallar de algún modo una insurrección revolucionaria para implantar un poder marxista-leninista total en España. Cómo un movimiento tan pequeño podría haber llevado a cabo una empresa tan ambiciosa en medio de una guerra civil total fue uno de los misterios del trotskismo, que ni siquiera el propio maestro consiguió esclarecer.

Stalin insistió en la eliminación del POUM en 1937 no porque fuera auténticamente trotskista, sino porque era un partido comunista completamente independiente que hacía peligrar en todo momento la posición del PCE y de la política soviética, y que se oponía con fuerza a la línea del Comintern de una revolución dirigida y controlada en la zona republicana, sometida a un gobierno central fuerte y a una disciplina militar. Irónicamente, la línea del Comintern en España guardaba una cierta semejanza con la política que el propio Trotski había defendido e implementado vigorosamente durante la guerra civil rusa.
Una de las pocas recompensas que sacaron en limpio los soviéticos de su intervención en España fue una gran oportunidad para expandir sus servicios de inteligencia en el mundo occidental, haciéndose con multitud de pasaportes (especialmente estadounidenses) y reclutando a un gran número de agentes de entre las Brigadas Internacionales y, ocasionalmente, entre los comunistas españoles. De entre estos últimos, el NKVD movilizó al

joven catalán Ramón Mercader, educado por su madre como un fanático comunista. Cuando un asalto ejecutado a la manera de un comando, y llevado a cabo por comunistas mexicanos, a la villa de Trotski en Coyoacán, en las afueras de Ciudad de México, fracasó espectacularmente en mayo de 1940, el NKVD recurrió a Mercader, que se infiltró en el círculo más íntimo de Trotski gracias a una falsa vinculación romántica con una joven trotskista. Mercader pudo consumar el asesinato en agosto de 1940, con lo que la maquinaria de terror que Trotski había ayudado a crear pudo reivindicar a su víctima más famosa desde el asesinato de la familia imperial en 1918.

Mercader se infiltró en el círculo más íntimo de Trotski gracias a una falsa vinculación romántica con una joven

Durante los dos últimos años de la vida de Trotski, el centro mundial del trotskismo se trasladó de París a Estados Unidos, fundamentalmente Nueva York y Minneapolis, donde los trotskistas eran la fuerza dominante dentro del gran y poderoso sindicato de los camioneros. La mayoría de los escoltas que protegieron a Trotski durante su fase final fueron estadounidenses. Muchos trotskistas estadounidenses rompieron con Trotski en 1939-1940, cuando insistió en apoyar la invasión militar soviética de Polonia oriental, los Estados bálticos y Finlandia, afirmando que ello suponía llevar un «progreso socialista» a estos países tratados injustamente. Una afirmación tan ridícula fue demasiado incluso para muchos de los fieles estadounidenses, que no vieron en la agresión militar soviética otra cosa que una agresión militar soviética. Trotski permaneció fiel hasta el final a su doctrina de la revolución permanente y de la Unión Soviética como un auténtico Estado obrero que sólo necesitaba rectificar determinadas políticas y cambiar su liderazgo.

Sus doctrinas empezaron a perder cada vez más el contacto con la realidad, e insistió en que en última instancia eran pocas las diferencias existentes entre la Alemania nazi, Gran Bretaña y Estados Unidos, pues todas ellas eran sociedades capitalistas. Su único discernimiento en los últimos años fue hacer de la derrota del nazismo en Alemania una prioridad fundamental, rechazando la política del Comintern de centrarse en los socialdemócratas como «socialfascistas», y más tarde predijo el pacto de Stalin con Hitler, aunque se vio aquejado de la fantasía de que Stalin sólo se serviría de él de algún modo para fines defensivos, y que la nueva guerra produciría una revolución masiva, así como el derrocamiento de Stalin. Se habría quedado atónito al comprobar que, en 1945, Stalin se había convertido en el hombre más poderoso del mundo.

El trotskismo no fue nunca un movimiento de ninguna importancia política o histórica, y en la época de la muerte de su inspirador había quedado reducido a una facción irrelevante, aunque sus libros siguieron vendiéndose durante años y el trotskismo disfrutó de un

momentáneo y muy modesto resurgimiento en medio de la euforia radical de los años sesenta. En la siguiente década, como cuenta Patenaude, Yulia Axelrod, uno de los tres nietos supervivientes de Trotski, pudo emigrar de la Unión Soviética y se estableció en Nueva York. En 1979 se enteró de que la minúscula secta aún existente de trotskistas neoyorquinos estaba celebrando públicamente el centenario del nacimiento de su abuelo. Intrigada, asistió al acto que habían organizado y se quedó estupefacta con el fanatismo de los pocos que seguían rindiéndole culto, porque, como ella dijo, no podía comprender cómo nadie podía seguir manteniendo esas ideas tan absurdas.

Traducción de Luis Gago

Este artículo ha sido escrito por Stanley G. Payne especialmente para *Revista de Libros*

Autor: Robert Service

Autor-2: Bertrand M. Patenaude

Autor-3: Jean-Jacques Marie

Edicion: Macmillan, Londres

Edicion-2: Faber & Faber, Londres

Edicion-3: Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires

Precio: COMPRAR ESTE LIBRO

Precio-2: COMPRAR ESTE LIBRO

Precio-3: COMPRAR ESTE LIBRO

Titulo: TROTSKY. A BIOGRAPHY

Titulo-2: STALIN’S NEMESIS: THE EXILE AND MURDER OF LEON TROTSKY

Titulo-3: TROTSKI. REVOLUCIONARIO SIN FRONTERAS

Traduccion-3: Trad. de Horacio Pons